

MÁRGENES DE LA PSIQUIATRÍA

Márgenes, espacios que están en los cabos de alguna cosa.

Universal Vocabulario, 1490

Pasiones filiales

Situación sugerida por algo que hace poco me contaron sobre el casamiento simultáneo (o apenas «compromiso», me parece), en París, de un padre y una hija —una hija única—. La hija —americana, por supuesto— está prometida a un muchacho inglés, y exactamente al mismo tiempo el padre, un viudo todavía joven, ha pedido en matrimonio a una muchacha americana que tiene casi la misma edad que su hija. Digamos que lo ha hecho para consolarse del abandono —para paliar la pérdida de la hija, a la cual se había consagrado. Veo un pequeño relato, *¿no es así?*, en la idea de que todos se casen, como se ha previsto, derivándose esta consecuencia característica: que la hija no consigue absorber los afectos del joven esposo inglés, de quien la bella segunda esposa del padre se convertirá ahora en amistosa suegra. El padre no pierde a la hija ni mucho menos en la medida que temía, o esperaba, pues a ella el matrimonio, que no la gratifica sino a medias, le deja *tiempo libre*, y entonces se dedica a él y a reparar, dentro de lo posible, el hecho de haberlo abandonado. Pasan juntos gran parte de su tiempo, se apoyan uno en otro y lloran y se asombran juntos y están más unidos que nunca.

El observador (y supongo que, como siempre, será el observador quien cuente la historia —o *No*, esta vez lo veo de otro modo, sobre todo en interés de la brevedad), el observador, digo, no ha de buscar muy lejos la razón: reside en que, a los ojos del joven marido de la muchacha, la segunda esposa del suegro se ha vuelto mucho más atractiva que la muchacha misma. *Pongamos* que esta segunda esposa es casi tan joven como su hijastra, y más bonita, y más inteligente —sabe mejor lo que quiere. *Pongamos* que el joven marido la había conocido en otra época, se había sentido atraído por ella y habría llegado a casarse con ella si la chica hubiese tenido dinero. Ella era pobre —el padre en cuestión era muy rico y fue *eso* lo que la indujo a casarse. Este hombre ha provisto a su hija de una generosa *dote* (reservándose, no obstante, abundantes medios de vida), dado lo cual el joven marido no tiene de qué preocuparse. Inevitablemente se trata de una relación entre el muchacho y la esposa del suegro —relación que, alentada por el placer que les proporciona la mutua compañía, deviene estrecha y muy íntima. Pasan juntos casi tanto tiempo como pasan juntos los otros, y por las mismas razones. La situación toda cobra una inevitable mecánica rotatoria —entra en lo que podría llamarse círculo vicioso.

El *tema*, en realidad, es la patética simplicidad, la buena fe de padre e hija en su desamparo. Pese a sentirse abandonados se consuelan mutuamente, y en absoluto ven la cuestión como pueden percibirla los demás. La mecánica rotatoria, el círculo vicioso, consiste en las razones que cada cual da al otro. El padre se casa

por desazón, pero esta desazón se esfuma cuando la hija vuelve a él a causa del *fracaso* de su vida matrimonial. La hija llora *su fracaso* sobre el hombro del padre –pero tal extrañamiento de la cercanía de su marido aporta a la madrastra el pretexto o la oportunidad de consolarla. Dado que no es tan necesaria como el padre la creyó al principio (cuando le parecía haber perdido del todo a la hija), esta mujer también tiene *tiempo libre*, que acaba dedicando a su yerno. El yerno, al fin, sintiendo el alejamiento de su esposa, se encuentra a sus anchas y no puede menos de considerar caballeresco ser atento con la otra dama, teniendo en cuenta la situación que su «superfluidad», llamémoslo así, le ha creado. Base indispensable para todo este complejo será un grado tan intenso como excepcional de intimidad entre padre e hija –él, paternal sobremanera; ella, apasionadamente filial.

Henry JAMES, 1892



* Nota del gran escritor norteamericano para un proyecto de relato. Se transformará en una enorme novela *La copa dorada* (1904). Las palabras en cursiva están en francés.